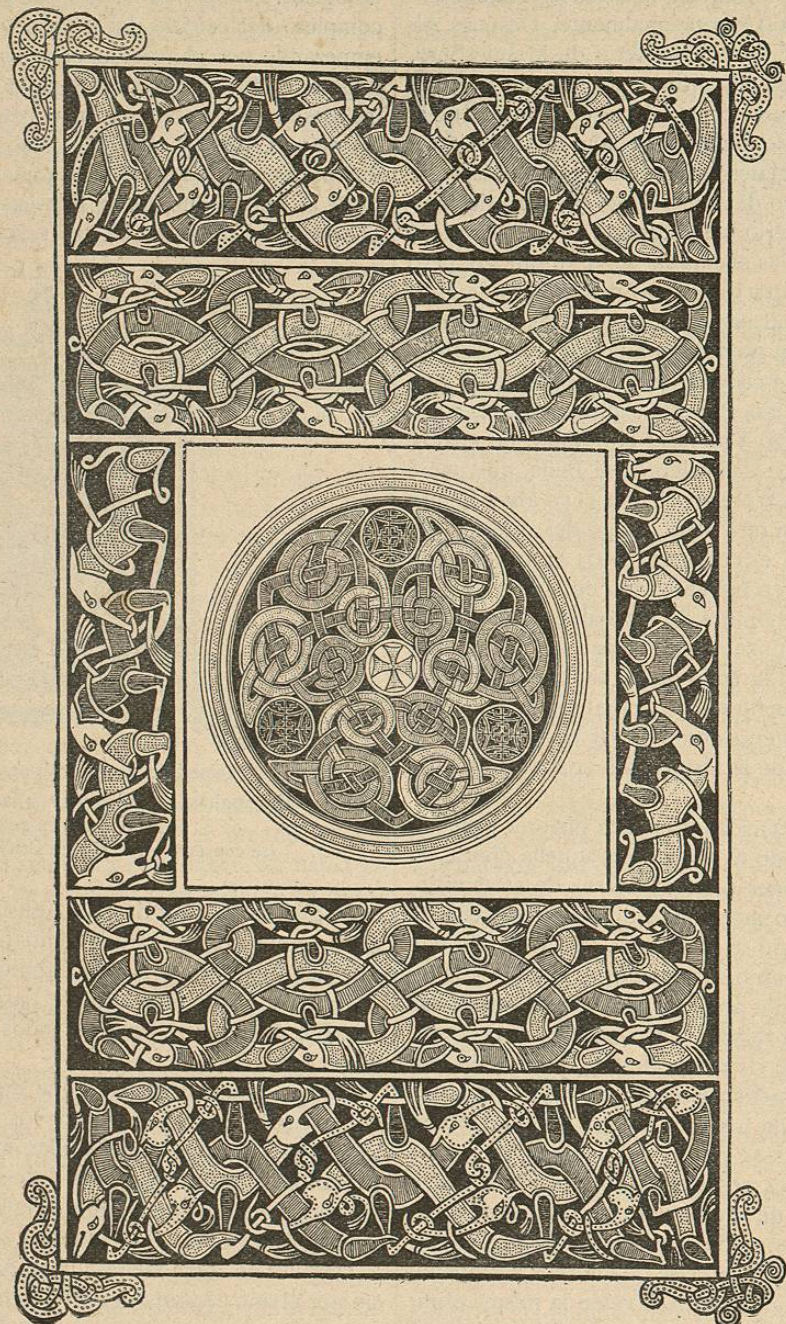


á los enigmas participó igualmente, escribiendo entre otros veinte en exámetros y en acrósticos, en los cuales las iniciales de los versos daban la solución del enigma. Además hay que mencionar sus homilias en número de 15, cuya autenticidad es dudosa, y luego sus cartas, fuentes históricas muy importantes, principalmente para el estado moral, religioso

y eclesiástico de su época, y en las cuales se encuentran relaciones de visiones del cielo, del purgatorio, del infierno, de las luchas de los ángeles y de los demonios para apoderarse de las almas de los que en la tierra acaban de morir y hasta de almas que todavía viven en la tierra, como, por ejemplo, del alma del rey Ceolredo de Mercia.



Página de un evangelario irlandés, manuscrito del siglo VII; la ornamentación consiste en cintas y animales fantásticos (se conserva en la biblioteca del Colegio de la Trinidad de Dublín)

Hemos mencionado también la moderna acusación contra Bonifacio de que había entregado la Iglesia alemana al dominio de Roma, cuando ni siquiera existía todavía una Iglesia alemana, sino, á lo más, una Iglesia austrasiana, y ésta tenía que estar sometida al papa so pena de no existir. La sumisión á Roma, que en el siglo XVI fué perjudicial ó cuando menos innecesaria, fué en el octavo salutífera é indispensable. Bajo este concepto se puede decir lo mismo que bajo el del Estado temporal de la Iglesia, porque Gregorio Magno hizo bien en preparar la formación del Estado temporal, aunque siglos después este reino temporal de los papas

resultó perjudicial, no solo á la unidad y libertad de Italia, sino también á la pureza y espiritualidad de la religión y de la Iglesia.

Antes de pasar á la época de Carlomagno y de exponer el admirable vuelo que tomó la vida intelectual en el imperio franco á la sombra del brillante reinado de aquel monarca y debido en parte á la solicitud del mismo soberano, debemos mencionar una clase de trabajos históricos que en la época carolingia llegaron á ser por primera vez un tanto científicos. Estos trabajos son los anales, acerca de cuyo origen, autores y circunstancias, no es éste el lugar de entrar en dis-

cusiones, sobre todo cuando algunas de estas cuestiones se van aclarando por nuevos descubrimientos (1).

Las investigaciones modernas han demostrado que los títulos en algunos anales basados en los nombres de conventos están sujetos á muchos errores, pues los tales conventos no son siempre los sitios donde aquellos anales fueron escritos. Sin embargo, se conservan los títulos para no introducir mas confusión en estos documentos históricos.

El punto de partida de todas estas anotaciones de sucesos según el orden de años, fueron las listas de los cónsules romanos y el calendario oficial romano con sus fastos consulares. Después se adaptaron documentos análogos á los sucesos de la Iglesia cristiana.

Paulatinamente fueron sustituidas fuera de Roma, de Rávena y de Italia aquellas listas anuales por las de Pascua, pues fuera de Italia no interesaban las cosas romanas, mientras el conocimiento exacto del tiempo de Pascua era de la mayor importancia en todos los países, porque una divergencia en este concepto podía conducir á un cisma, á la acusación de herejía y á la excomunión de la Iglesia.

El ancho márgen de aquellas listas de Pascua que presentaban solo en el centro en pocas palabras los números del año y el día de la Pascua, invitó á apuntar allí al fin de cada año los sucesos mas notables en él ocurridos. Parece que las primeras anotaciones de esta clase se hicieron en Inglaterra, ya por apóstoles ó misioneros procedentes de Italia, ya por anglo-sajones que habían pasado algun tiempo en Roma. Ya hemos dicho que las listas pascuales de Beda se hicieron indispensables para todos los misioneros ingleses; pero es seguro que mucho antes fueron usadas tales listas en el imperio franco para apuntar en ellas los sucesos del año correspondiente.

Al copiar las listas pascuales se copiaron también las notas que tenían en los márgenes, y con tales notas pasaban las listas de un convento á otro. Pronto se empezó á dar mérito á estas notas, muy lacónicas en un principio, y se copiaron por separado como datos históricos; luego se continuaron y se unieron con otros trabajos análogos, y, finalmente, se incorporaron á estas recopilaciones otros documentos, leyendas populares y cálculos eruditos. De ello resulta que el valor de estos anales es muy variable, porque habían de ocurrir grandes equivocaciones al copiar las listas y las notas. Además, como el espacio en los márgenes resultó muchas veces insuficiente, se hicieron muchos aditamentos en los sitios del márgen que consentían alguna observación abreviada; por manera que muchas veces resultan mal entendidas las abreviaturas y los signos, siendo en muchos casos difícil sacar en limpio el contenido de tales documentos. Los copistas sin talento han sido, pues, causa de la mayor confusión, porque á veces han omitido copiar lo principal, es decir, el número del año correspondiente, como sucede en los anales de Otobereun.

Para aprovechar estas fuentes históricas se necesitan, pues, muchas cosas: la separación de aditamentos posteriores y la determinación de su valor; la fijación del lugar donde fueron escritos y finalmente un criterio amplio y seguro. Como en la Edad media fueron escritos estos anales casi exclusivamente en monasterios y conventos hasta que se fundaron las crónicas de ciudades, se ha creído que tratándose de anales debían estar escritos siempre en un monasterio; pero como á los tales monasterios solo accidentalmente interesaban los sucesos políticos generales, estos sucesos están mencionados muy escuetamente. Cuando sucesos generales como por ejemplo los

(1) Como el descubrimiento de los llamados *Annales Mosellani*, de los años 709 á 796, por Lappenberg, de San Petersburgo.

de Roma ó Constantinopla son tratados con mas amplitud, se puede admitir que los anales no serán obra de ningún monasterio, y si en las relaciones de sucesos generales se encuentra alguna noticia local, se ha de considerar ésta como aditamento. Muchos anales fueron redactados en las cortes de los reyes.

Por otra parte, se ha cometido el error de figurarse mucho mas voluminosas de lo que fueron las anotaciones mas antiguas, ya fuesen hechas en una corte ó en un monasterio. Tales anotaciones fueron probablemente aprovechadas mas adelante para reformar anales destinados á reemplazar á otros mas antiguos, como sucede con los de San Amando, de los años 687 á 769, los cuales seguramente no fueron escritos en tal monasterio ni tampoco tratan de él preferentemente. Sus autores son desde un principio partidarios de los arnulfingos y tratan principalmente de la historia del imperio franco (2). Los *Annales Mosellani* demuestran con sus nombres irlandeses que son una continuación del escrito de Beda *De temporibus*; pero mas adelante indican á Crodegango de Metz. A otras apuntes se ha dado el nombre del lugar donde los manuscritos fueron encontrados, como los *Annales Maximiniani* y los *Annales Laureshamenses*. Los *Annales Laurissenses* contienen anotaciones bávaras (*Annales Juvavenses* y *Emmeramni*). Los anales *Petaviani* son llamados así del nombre del propietario del manuscrito (Petavio); los anales *Guelpherbytani* tomaron su nombre del lugar en que fueron hallados, y fueron escritos probablemente en el monasterio de Murbach, en los Vosges, como los *Annales Alamanni*. Los *Nazariani* fueron llamados así por ser del monasterio de San Nazario, que es el de Lorsch. Un ejemplo interesante de las traslaciones de anales ofrecen los de Lindisfarne, que habiendo sido redactados en Holy-Island, cerca de Berwick, en la costa oriental de Northumberland, fueron llevados, probablemente por Alcuino, á la corte de Carlomagno, donde el mismo Alcuino anotó los lugares en que este soberano celebró las Pascuas en los años 782 á 787, á lo cual añadieron los monjes de Saint-Germain-des-Près sus anotaciones tomadas de los anales de Saint-Denis. Una copia del manuscrito antiguo de Lindisfarne llevó Arn, amigo de confianza de Alcuino, á Salzburgo, donde se agregaron al momento nuevas anotaciones.

Los comienzos de estas anotaciones marginales de un calendario, escritas frecuentemente mucho tiempo después de haber ocurrido los sucesos, anotaciones muchas veces apenas inteligibles y además escuetas, no podían llegar á ser ninguna rama de literatura ni siquiera una especie de historia. La influencia de Carlomagno fué la que hizo fundir en una sola obra muchos anales y continuarlos después como obras históricas. No hay duda que la ciencia histórica y la historia del imperio franco tuvieron por fundador á Carlomagno, pues según parece los eruditos, los teólogos y los poetas de la corte de Carlomagno fueron los que menos afición tuvieron á la historia, mientras Carlomagno ardía en deseos de conservar primero la de su familia y corte y en segundo lugar la de su imperio. Para conservar la memoria de los méritos de sus mayores y la de los suyos adquiridos en el servicio del imperio franco principalmente, en el de la cristiandad, de la Iglesia y de San Pedro, hizo copiar las cartas de los papas y de los emperadores de Oriente dirigidas á sus antepasados y

(2) Wattenbach, tomo I, pág. 133; I. Bernays: *Zur kritik karolingischer Annalen*, Estrasburgo, 1883; Arnold: *Beiträge zur kritik karolingischer Annalen*, Leipzig, 1878; Waitz: *Neues Archiv*, tomo V, pág. 499; Simson: *Karl der Grosse*, tomos I y II; Pertz: *Monumenta Germaniae historica*, Scr., I; *Archiv*, VI; Wattenbach, tomo I, página 134; Giesebrecht: *Frankische Königsannalen*, *Münchener histor. Jahrbuch*, 1865, pág. 220.



á él mismo, y que empezaban á ser ilegibles en los originales. De estas copias mandó formar un libro titulado el *Codex Carolinus*, con el objeto ostensible de que sirvieran de comprobantes de los títulos de propiedad y de derecho entre el emperador, San Pedro, Constantinopla y los longobardos. Por igual motivo dispuso que de las leyes de los pueblos escritas bajo su gobierno se sacaran diferentes copias, bien coleccionadas con los originales para asegurar su exactitud, y que fuesen conservadas en diversas partes del imperio y los originales en el archivo de la corte. Se ha hecho notar con razon que este cuidado de conservar la historia de la casa arnulfinga no era propio solamente de Carlos, sino de toda la familia; porque ya Hildebrando, tío de Pipino, había mandado continuar la crónica de Fredigaro, añadiendo noticias referentes á la familia arnulfinga y reemplazando en parte con ellas las relativas á los merovingios. Desde el año 752, es decir, desde que los arnulfingos obtuvieron la dignidad real, se encargó de la continuacion de esta crónica el mismo hijo de Hildebrando, llamado Nibelung.

Ahora veremos cómo se engendró en la corte de Carlos una historia de los obispos de Metz, en la cual se distingue Arnulfo, el fundador de la familia. Seguramente fué debido á la iniciativa de Carlos que los obispos empezaran á reunir, completar y rectificar (hasta en el mismo lenguaje latino) las noticias y anotaciones antiguas que se hallaban en los archivos, cancillerías y bibliotecas de las iglesias, de los conventos y de sus obispados, y que con arreglo á estos datos del tiempo pasado y á las noticias del presente, se anotaran los sucesos contemporáneos. Estos trabajos retrospectivos y corrientes nos facilitan hoy los materiales necesarios para escribir una historia de los pueblos germánicos, para la cual no existen noticias desde Amiano y Procopio, que escribieron el primero en el siglo IV y el segundo en el VI, completadas insuficientemente por los escritos de Jordanes y de Gregorio.

Ahora sabemos que un obispo de Metz llamado Angilramno indujo á Paulo Diácono á escribir la historia de los obispos que le precedieron en la silla de Metz, y que al parecer su predecesor Crodegango (742 á 766) se había empeñado ya en escribir nuevos anales y en mejorar los antiguos. Entre estos anales mas modernos se distinguen los *Annales Laurissenses majores*, atribuidos antes al monasterio del mismo nombre donde fueron descubiertos; bien que Leopoldo de Ranke indicó ya hace mas de treinta años que estos anales por su carácter especial debían de haber sido escritos por encargo particular del rey, pues por una parte pasan en silencio grandes desastres y por otra no dan noticias, ó si las dan son escasas, de conspiraciones y otros sucesos adversos. Además el autor de estos anales parece perfectamente informado de los hechos que menciona, lo cual no sucede á los monjes autores de otros anales de monasterios. El autor de quien se trata indica en términos breves pero seguros la marcha de los ejércitos, su composicion, direccion y hechos, y tiene tambien conocimiento exacto de las negociaciones. Solo un autor que fuera individuo del consejo del emperador, ha podido publicar datos seguros sobre las empresas contra Benevento y los bávaros, siendo evidente, por otra parte, su reserva extraordinaria; de donde parece deducirse que era un clérigo que probablemente estaba encargado de redactar estas noticias en la misma corte. No por eso dejan los anales de ser semi-oficiales, lo cual es tanto mas probable cuanto que tenemos el ejemplo de Carlos el Calvo y de Federico I, que llevaban siempre consigo semejantes obras históricas. De todos modos el autor de los anales Laurissenses debió de recibir sus datos de la corte, aunque fuese de colegas eclesiásticos.

Ardo Smaragdo, discípulo de San Benito de Aniane (que murió en 812), dice en la biografía de su maestro: «Segun tengo entendido, sabe todo hombre de ciencia que los reyes (francos) desde antiguo hasta hoy (es decir el año 830 aproximadamente) tuvieron siempre la costumbre de hacer anotar en anales todos los hechos y sucesos, para transmitir su conocimiento á sus descendientes.» Este testimonio no puede ser rechazado por nadie (1). Se ha atribuido á Arn de Salzburgo la redaccion de la primera parte de estos anales, escrita por el año 788, para justificar su paso al partido franco, ya que en 787 había ido todavía como embajador de Tasilo á Roma; pero la biblioteca de Salzburgo difícilmente pudo facilitar los datos necesarios. Antes tambien se atribuyó á Eginhardo una continuacion de los anales desde el año 796, y ningun argumento se opone á que fuese autor á lo menos de partes sueltas de esta continuacion; pero á juzgar por los progresos del estilo de la época, solo se puede atribuir la continuacion de los anales á uno de los varios clérigos y sabios de la corte de Carlomagno.

En vista de que los anales del imperio empezaron con los sucesos del año 741, se les hizo preceder de una crónica universal sacada de las obras de Beda, Jerónimo, Orosio, Fredigaro y otros, que llegaba hasta el año 740.

Los anales menores Laurissenses fueron escritos indudablemente en el monasterio de este nombre; pero en cambio fué redactada en el Mediodía de Francia la llamada *Crónica Moissiacense*. Es originario de Moissiac un arreglo de esta crónica, y otro arreglo procede de Aniane. Hasta el año 813 copia el autor de esta crónica literalmente las fuentes que utiliza, entre las cuales ha figurado para los años 813 á 818 un manuscrito hoy perdido de los *Annales Laureshamenses*, no *Laurissenses*.

Los anales fueron continuados hasta el año 829, y poco tiempo despues de la muerte de Carlomagno, se levantaron voces de menosprecio de la ciencia.

Hecha esta digresion, sobre la conexon y desarrollo de los anales, volvamos ahora al principio del reinado de Carlomagno, para exponer la influencia trascendental directa é indirecta de su gobierno en los diferentes ramos de la ciencia, de las artes é industrias, y de la ilustracion.

Sobre esto dice Ebert: «Con Carlomagno empieza una restauracion de la literatura general. Antes de este monarca existía (solo en la Bretaña y en Italia) una civilizacion literaria en el Occidente, pero que apenas dió frutos sino entre los anglo-sajones, que se habian apropiado los recursos de civilizacion de los italianos y de la suya misma. En el imperio franco no existía desde Venancio Fortunato ningun cultivo literario. Carlomagno llevó este cultivo al imperio franco y le hizo centro del estudio de las letras.»

Este hombre extraordinario, dominado por las pasiones mas desenfundadas, por la ambicion de guerra y de conversion forzosa, por la intolerancia, la sed de dominio y la lujuria, tuvo al mismo tiempo admiracion y aficion á la civilizacion antigua greco-romana, como entre todos los reyes germánicos solo la tuvieron Teodorico, el sabio y pacífico, y despues Oton III. Los primeros años de su reinado fueron demasiado agitados por las luchas y los cuidados originados por Carloman, su viuda y el rey de los longobardos, para darle lugar al cultivo de la instruccion. No obstante, distinguió en el año 776, durante su permanencia en Italia, al gramático Paulino, regalándole una hacienda. Este literato (que murió el 11 de enero de 802) escribió probablemente á excitacion del emperador, lo mismo que Alcuino, contra la herejía del

(1) Mabillon: *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti seculi*, tomo IV, pág. 192 (*præfatio*).

obispo Félix de Urgel (el adopcionismo). Posteriormente vivió en la corte del emperador con Pedro de Pisa, amigo de Alcuino, que señala á Angilberto como su discípulo comun. Mas adelante (quizás en 787) alcanzó la elevada dignidad de patriarca de Aquileya. Ya hemos hablado en otra parte de su amistad con el esforzado margrave Erico del Friul.

Años antes probablemente había alentado Carlos en su país, la Austrasia, á un joven alaman de gran talento y mucha aplicacion, llamado Adan, hijo de Eginhardo (Hagin-hards), natural de Alsacia.

A la edad de 30 años escasos le había hecho Carlos abad de Masmunster. Por el año 780 copió en Worms una obra gramatical en versos muy defectuosos pero pasaderos (1), que dedicó al rey. No cabe duda que la permanencia repetida en Italia, si bien no despertó la aficion de Carlos á la civilizacion latina, la desarrolló y fomentó considerablemente, y no es menos cierto que la idea de restablecer el imperio de Occidente solo pudo nacer en Carlos despues de la adquisicion de Italia y de Roma. La vista de los monumentos antiguos, de las estatuas, de los mosaicos y de todas las manifestaciones artísticas é industriales de la civilizacion romana é italiana; las instituciones eclesiásticas y su organizacion, la cooperacion de todas las artes para ensalzar y hermosear el culto en un templo como la iglesia de San Pedro; el trato con el papa, con los sabios, con el clero de Roma y con los obispos de toda la Italia, que tambien eran muy doctos en las ciencias profanas; la correspondencia y cambio de embajadas con la corte bizantina, todo esto hubo de despertar en el alma enérgica de Carlos el deseo de tener cosas análogas en su imperio al otro lado de los Alpes.

Mas que su permanencia en Italia del año 776 influyó en Carlos la otra permanencia del año 781, cuando en la Pascua de este año Adriano I sacó de pila á Pipino. Fué éste un acto que demostraba brillantemente el restablecimiento de las relaciones de íntima amistad entre el rey y el papa, del dominio del rey sobre toda la Italia y de su soberanía sobre la misma ciudad eterna. Entonces Carlos é Hildegarda, para memoria perdurable de aquella solemnidad, encargaron á Godiscalco aquella obra maravillosa de caligrafía, el Evangelario, escrito con letras iniciales de oro y plata sobre pergamino purpúreo. El calígrafo dice de Carlos en los versos en que eternizó su nombre:

*Providus ac sapiens, studiosus in arte litterarum.*

Esta obra caligráfica se conserva hoy en Paris, á donde fué trasladada desde Saint-Sernin de Tolosa, donde se guardaba antes. Las pinturas son imitadas de modelos antiguos, y los adornos marginales de cada página son de origen en parte romano y en parte irlandés é inglés.

En este año (781) se llevó Carlos de Italia, además de Pedro de Pisa y de Paulo Diácono, á Alcuino, el hombre que mas que ningun otro era el instrumento que Carlos necesitaba para sus propósitos de propagar en su imperio la civilizacion latina y el cultivo de las artes y ciencias. El anglosajon Alcuino ó Albino (como él mismo se llamó latinizando su nombre) fué alumno de Egberto, desde 732 arzobispo de York, y éste era discípulo á su vez de Beda; por manera que este prelado fué el eslabon intermedio entre el período anterior y el período literario nuevo. Alcuino nació por el año 730 en York, siendo pariente de San Willibrordo, cuya biografía escribió. Otro maestro fué en la catedral de York, Alberto, que le llevó en uno de sus viajes á Roma, donde adquirió manuscritos para su país. Alberto fué en 766 arzo-

(1) Segun Watténbach, tomo I, pág. 143.

bispo de York, y entonces hizo á Alcuino jefe de la escuela de aquella catedral. Cuando Alcuino se dirigió en 781 á Roma á fin de buscar para el arzobispo Eanbaldo el palio, se encontró en Parma con Carlos, al cual conocía ya de otra ocasion.

Al año siguiente recibió de Carlos la invitacion de pasar á su corte y se llevó de Inglaterra á su discípulo Wizo (que recibió en aquella corte el nombre latino de Cándido), á Fridigiso, llamado Nataniel (que fué en el reinado de Ludovico Pio desde 819 á 832 canciller, despues de haber sido en 804 sucesor de Alcuino en su cargo de abad de San Martin de Tours, siendo tambien abad de San Bertin), y á Sigulfo, llamado Vétulo, que fué sucesor de Alcuino en el cargo de abad de Ferrieres y fundador de la escuela de aquel monasterio. Carlos otorgó á Alcuino las dignidades (con las rentas) de abad de Ferrieres y de San Lupo de Troyes, con retencion de los cargos que desempeñaba en la corte de director de la escuela de palacio y de la academia. En esta escuela estudiaron no solamente el gran número de niños y jóvenes que segun costumbre eran enviados por sus padres á la corte de los reyes francos, donde eran instruidos y educados para dignidades eclesiásticas y civiles, sino tambien adultos, y entre ellos Carlos mismo, sus esposas, su hermana, su tia y sus hijas. Fuera de esta escuela recibió el rey tambien lecciones particulares en toda clase de ciencias, que le daban Alcuino y Pedro de Pisa; y no fué por mera diversion por lo que aquellos académicos recibieron sobrenombres tomados de la antigüedad ó de la Biblia, pues estos nombres separaban á los iniciados en las ciencias de los profanos, mientras por otro lado facilitaban entre ellos el trato. Así fué llamado Carlos, *David*; Alcuino, *Flaco*; Angilberto, *Homero*; Eginhardo, *Beseleel* (el constructor del tabernáculo de los israelitas); Arn, *Aguila*; Wizo, *Cándido*; Gisela, la hermana de Carlos, *Luda*; Gundrada, la tia de Carlos, *Eulalia*, y Rotruda, *Columba*. De estas personas solía invitar Carlos á su mesa las que mas le agradaban cuando estaba en su palacio y que mejor podían amenizar la comida con música y enigmas, distinguiéndose particularmente Alcuino en su composicion y Carlos en su adivinacion. Frequentemente se hizo leer tambien Carlos trozos de la obra de San Agustin la *Ciudad de Dios*, que tan funesta fué para las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y para la moralidad y la religion. A estos académicos solía consultar Carlos en toda clase de dudas teológicas, legislativas ó científicas, por ejemplo en cuestiones astronómicas ó gramaticales, en el asunto de la adoracion de las imágenes, del adopcionismo y en otros. Tambien encargó á estos individuos informes y libros enteros. No se sabe si el espíritu de estas conversaciones y trabajos literarios fué puramente eclesiástico-religioso ó científico-político. Lo cierto es que Alcuino acarició la idea de que Carlos cual otro Augusto restableciera el imperio de Occidente, cuya idea debia de ir mas ó menos unida á la del florecimiento de otra era literaria; pero tambien es cierto que todo esto fué para Carlos y sobre todo para Alcuino un medio para el objeto principal eclesiástico, como lo era el restablecimiento del imperio de Occidente en la persona de Carlos. El objeto principal de Alcuino fué, como él mismo dice, la conservacion de la ortodoxia eclesiástica en el imperio franco, pues para él lo principal era la Iglesia y por esta razon en los últimos años de su vida se hizo completamente místico, calificando de peligrosísimo para los monjes el estudio de Virgilio, que él mismo había cultivado antes con entusiasmo. Esto se comprende porque á la larga habian de ser incompatibles la literatura pagana y la de San Agustin; y Carlos mismo dijo en diferentes ocasiones que su celo por la instruccion del clero y de los laicos no era mas que el me-